



**LOS
MONSTRUOS DE EINSTEIN**

Martin Amis

En una serie de pequeños relatos se plasma la locura, el miedo y la pasión que despertaron las armas nucleares. Martin Amis nació cuatro días antes de que los rusos probaran su primera bomba atómica y así apareció la disuasión que marcaría la vida de este escritor. Porque como bien refleja en el ensayo introductorio, *Introducción: la capacidad de pensar*, su vida transcurrirá en la paranoia de la guerra nuclear. El ex hombre-fuerte de un circo, veterano de Varsovia en 1939, y artista de Notting Hill, encuentra su propio y personal holocausto en *Bujak y la fuerza poderosa o Los dados de Dios*. Aburrimiento máximo y amor mínimo son aconsejados en *La enfermedad del tiempo*. Una esquizofrénica virulenta abruma al joven hijo del «padre de la era nuclear» en *Lucidez en Flama Lake*. La evolución ha tomado un camino repugnante en la kafkiana historia de amor *El cachorrito que pudo*, y la historia de la tierra es discutida con franqueza por alguien que lo ha visto todo en *Los inmortales*. En palabras de Martin Amis: *Los monstruos de Einstein hablan de las armas nucleares, pero también de nosotros mismos. Somos monstruos de Einstein...*

Introducción:

La Capacidad De Pensar

Nací el 25 de agosto de 1949: cuatro días más tarde los rusos probaron con éxito su primera bomba atómica y así apareció la disuasión. De modo que tuve esos cuatro días de tranquilidad, más de lo que nunca tuvieron los de menor edad. En realidad no los aproveché mucho. Me pasé la mitad del tiempo dentro de una burbuja. Apacibles como pintaban las cosas, nací en estado de conmoción aguda. Mi madre dice que parecía Orson Welles desencajado de furia. Al cuarto día me había repuesto, pero el mundo había dado un giro para peor. Era un mundo nuclear. Si tengo que decirles la verdad, no me sentía nada bien. Tenía un sueño y una fiebre terribles. No dejaba de vomitar. Me entregaba a incontenibles accesos de llanto... Cuando tenía doce o trece años la televisión empezó a mostrar mapas de objetivos del sudeste de Inglaterra: Londres era el centro del blanco; los condados cercanos eran las franjas periféricas. Yo solía irme de la sala lo más rápido posible. Ignoraba por qué había armas nucleares en mi vida o quién las había medido ahí. No sabía qué hacer con ellas. Quería quitármelas de la cabeza. Me enfermaban.

Ahora, en 1987, treinta y ocho años después, sigo sin saber qué hacer con las armas nucleares. Y los demás tampoco lo saben. Si hay algunos que lo saben, yo no los he leído. Las alternativas extremas son la guerra nuclear y el

desarme nuclear. La guerra nuclear es algo difícil de imaginar; pero también lo es el desarme nuclear. (Sin duda la primera alternativa se encuentra más inmediatamente a mano). El desarme atómico no se ve de veras, ¿no es cierto? Algunos programas para la abolición final —pienso, por ejemplo, en la «disuasión teórica» de Anthony Kenny, en la «disuasión sin armas» de Jonathan Schell— resultan maravillosamente elegantes y seductores; pero estos autores están previendo un mundo político tan sutil, maduro y (sobre todo) concertado, como sus propias solitarias reflexiones. Para la guerra nuclear faltan siete minutos, y podría acabarse en una sola tarde. Estamos esperando. Y también las armas están esperando.

¿Qué es lo único capaz de provocar el uso de armas atómicas? Las armas atómicas. ¿Cuál es el objetivo prioritario de las armas atómicas? Las armas atómicas. ¿En qué consiste la única defensa establecida contra las armas atómicas? En armas anímicas. ¿Cómo se previene el uso de armas atómicas? Amenazando con usar armas atómicas. Y a causa de las armas atómicas no podemos librarnos de las armas atómicas, como si la intransigencia fuese una función de las propias armas.

Las armas atómicas pueden matar a un ser humano doce veces seguidas de doce maneras diferentes; y —como ciertas arañas, como los faros de los coches— parece que paralizan antes de matar.

Sin ninguna duda son artefactos notables. Su poder deriva de una ecuación: cuando se fisiona una libra de uranio 235, la «masa liberada» dentro de los 1 132 000 000 000 000 000 000 000 átomos se multiplica por el cuadrado de la velocidad de la luz —lo cual significa una fuerza explosiva de 300 000 veces 300 000 kilómetros por segundo—. La magnitud y el poder de estas armas carecen de límite teórico. Son bíblicas en su ira. Claramente, son lo peor que le ha ocurrido nunca al planeta, y se producen en masa y con costes bajos. En cierto modo, la característica más extraor-

dinaria que exhiben es que están hechas por el hombre. Distorsionan toda vida y subvierten todas las libertades. De alguna manera no nos dejan elección alguna. No hay en la tierra un alma que las quiera, pero aquí están.

Estoy harto de ellas; harto de las armas nucleares. Y lo mismo le pasa a todo el mundo. Cuando en mis tratos con este extraño asunto tengo que leer mucho o pensar demasiado tiempo, tengo náuseas, náuseas físicas. En cualquier sentido concebible (y por lo tanto, sinérgicamente, en más sentidos aún), las armas nucleares repugnan. Qué toxicidad, qué poder, qué alcance. Ellas están allí y yo aquí —ellas son inertes, yo estoy vivo—, y sin embargo me producen ganas de vomitar, me revuelven el estómago; me siento como si un hijo mío hubiera estado fuera de casa mucho tiempo, demasiado, y comenzara a oscurecer. Es una práctica buena y apropiada. Porque lo haré montones de veces, vomitaré muchísimo, si las armas caen y yo sobrevivo.

Todas las mañanas, seis días a la semana, salgo de mi casa y recorro en coche una milla hasta el apartamento donde trabajo. Durante siete u ocho horas estoy solo. Cada vez que oigo en el aire un gemido súbito o uno de los más atroces impactos de la vida ciudadana, o sirvo de huésped a cierto tipo de pensamientos indeseados, no puedo evitar preguntarme cómo sería. Supongamos que sobrevivo. Supongamos que no se me derriten los ojos en la cara, que no me toca el huracán de misiles secundarios en que hormigón, metal y cristal se han convertido bruscamente; supongamos todo esto. Me veré obligado (y es lo último que tendré ganas de hacer) a desandar la larga milla que me separa de mi hogar a través de la tormenta de fuego, los restos de los vientos de mil millas por hora, los átomos descarriados, los muertos envilecidos. Luego —Dios mediante, en caso de que todavía me queden fuerzas y, por supuesto, de que aún estén vivos— tendré que encontrar a mi mujer y mis hijos y tendré que matarlos.

¿Qué debo hacer con pensamientos como éstos? ¿Qué debe hacer cualquiera con pensamientos como éstos?

Si bien no sabemos qué hacer, ni cómo vivir con las armas nucleares, poco a poco estamos aprendiendo a escribir sobre ellas. Cuestiones de decoro se presentan con una fuerza que no se encuentra en otros ámbitos. Es el tema más alto y el más bajo. Es ignominioso, y exultante. A donde quiera que uno mire aparece una gran ironía: ironía trágica, ironía patética, incluso la ironía de la comedia negra o la farsa; y hay también una ironía sencillamente violenta, de una violencia sin precedentes. La nube con forma de hongo que se alzó sobre Hiroshima fue un bello espectáculo, aun cuando su color fuera producto de un kilotón de sangre humana...

En la esfera discursiva existen diversas maneras de escribir mal sobre las armas nucleares. Algunos, se acaba por concluir, no se han enterado. Simplemente no se han enterado. Son versiones editadas de esos cuentistas de parada de autobús que aseguran que la guerra nuclear no será «para tanto», especialmente si consiguen llegar hasta el chalet de una tía suya en Dorset (o, mejor todavía, si ya están en el chalet de la tía cuando la cosa estalle). No ven de qué manera las armas nucleares lo ponen todo en cursivas mayúsculas. No enterarse de lo que significan las armas nucleares es como no enterarse de lo que significa la vida humana. Y ésta es, de hecho, la base de nuestra dificultad.

Es en cierto modo gratificante que todos los análisis militares o industriales sobre las «opciones» nucleares se vean desnaturalizados de inmediato por la índole de las armas que describen, como si el lenguaje mismo se negara a cooperar con tales nociones. (En este sentido el lenguaje es mucho más fastidioso que la realidad, la cual ha aceptado con terquedad la anti-realidad de la era nuclear). En el mundo del poder y el hacer de la «administración del conflicto» atómico, oímos hablar de represalia adelantada; en ese mundo, se considera que las muertes que no pasen de

algunas decenas de millones son aceptables; en ese mundo, armas nucleares hostiles, provocadoras, desestabilizadoras apuntan a armas nucleares (contrafuerza), en tanto que las armas nucleares pacíficas, defensivas, con propósitos de seguridad (que languidecen haciendo adorables pucheros), están dirigidas contra las ciudades (contravalor). En ese mundo se conoce como chiflados a quienes se oponen a la realidad corriente. «Celadas para la conquista de bases», «agrupamientos densos en *pack*», «defensa terminal del área entre bases», «el Balón» (es decir, el Botón), acrónimos como BAMBI, SAINTS, PALS y AWDREY (*Atomic Weapons Detección, Recognition and Estimación of Yield*, es decir, Detección, Reconocimiento y Estimación de Rendimiento de Armas Atómicas), «el concepto del Jedi» (armas de plasma cercanas a la velocidad de la luz), la misma «Guerra de las Galaxias»: todas estas locuciones lo llevan a uno al estadio deportivo, o de vuelta a la *nursery*.

De hecho toda la historia de la gestión nuclear está atravesada por un elástico tema de infantilismo. Trinity, la primera bomba (apodada «the Gadget.», el Chisme), fue izada hasta su posición por medio de un dispositivo conocido como «la cuna»; durante la cuenta regresiva la estación radiofónica de Los Álamos emitió una canción de cuna, la Sereñata para cuerdas de Tchaikovsky; los científicos especulaban en torno a si el Chisme iba a ser «niña» (es decir, un fiasco) o «niño» (es decir, un artefacto capaz de obliterar Nuevo México). La bomba de Hiroshima se llamaba Little Boy, Niñito. «¡Es un niño!», pronunció Edward Teller, el «padre» de la bomba H, cuando en 1952 Mike («mi bebé») fue detonado sobre el atolón de Bikini... Es irónico, pues ellos son niños; todos somos niños. Y desde entonces la ironía se ha redoblado. Puesto que amenaza con la extinción, el último artefacto antipersonal es, en esencia, anti-bebés. Uno no se refiere aquí tanto a los bebés que morirán, como a los que no nacerán nunca, éstos que, en relevos espectrales, esperan haciendo cola hasta el fin de los tiempos. Empecé

a interesarme por las armas nucleares durante el verano de 1984. Bueno, digo «empecé» a interesarme, pero en realidad siempre lo había estado. Todo el mundo está interesado por las armas nucleares, incluso esos que afirman —y realmente creen— que nunca han dedicado un momento a reflexionar sobre la cuestión. En esto todos somos parte interesada. ¿Es posible no pensar nunca en las armas nucleares? Si uno no piensa en ellas, si no piensa un solo instante en el desarrollo más grave de la historia de la especie, ¿en qué piensa? Tal vez en casos así, el proceso, la filtración, sea preconceptual, fisiológica, glandular. El hombre que tiene en la boca un revólver amartillado puede proclamar que no piensa un solo instante en el revólver amartillado. Pero siente su sabor; todo el tiempo.

Mi interés por las armas nucleares fue el resultado de una coincidencia. Los dos elementos fueron mi paternidad inminente y una lectura tardía de *The Fate of the Earth*, el clásico y esclarecedor estudio de Jonathan Schell. A mí el libro me despabiló. Hasta entonces, me parece, había estado indiferente. No había pensado realmente en las armas nucleares. Sólo había sentido su sabor. Ahora, al menos, por fin sabía qué era lo que me provocaba tantas náuseas.

¿Qué sucede cuando en la cumbre la moralidad toca fondo? Nuestros líderes están preparados para llevar a cabo lo inconcebible. Contemplan la posibilidad de lo inconcebible, en nuestro beneficio. Nosotros, con suficiente modestia, esperamos abrirnos paso en la vida sin que nos asesinen; con algo más de confianza, esperamos pasar por la vida sin asesinar a nadie. Las armas nucleares nos arrebatan estos asuntos de las manos: podemos morir, y hacerlo con delantales de carnicero atados a la cintura. Creo que muchas de las deformaciones y perversidades de la escena moderna se relacionan con esta sólida prioridad, y sin duda se ven empequeñecidas por ella. Nuestros contratos morales se debilitan de manera impredecible y sin que podamos evitarlo. Al fin y al cabo, ¿qué *acte gratuit*, qué explosión

vulgar de furia o estúpida barbarie pueden compararse con el sueño negro del intercambio nuclear? Para hacer frente a la hiperinflación de la muerte que ha abaratado toda vida, resulta saludable regresar a la física, recordar las magnitudes de la escala nuclear. La cantidad de masa empleada en la destrucción de Hiroshima fue más o menos equivalente a la treceava parte de una onza (= 28,7 gramos), es decir, un peso no mayor al de una moneda de un céntimo. De acuerdo con la ecuación de Einstein, un solo gramo asume las propiedades de 12 500 toneladas de TNT (además de otras que le son propias). Dice Jonathan Schell:

... la energía producida por la aplicación de la física universal del siglo veinte excede a la producida por la de la física terrestre o planetaria del siglo diecinueve de la misma manera que el cosmos excede a la tierra. Y sin embargo fue dentro de la comparativamente pequeña, frágil ecósfera terrestre, donde la humanidad liberó energía cósmica recién descubierta.

Ignoremos por un momento el desmesurado gigantismo de los arsenales actuales y reflexionemos sobre lo que es capaz de hacer un solo megatón: repetir en todas las capitales de los Estados Unidos la destrucción a escala de Hiroshima, con unas treinta bombas de más. Solamente el arsenal soviético puede matar unos 22 000 millones de personas, o podría, si hubiera 22 000 millones de personas que matar; pero en el mundo no hay más que 4000 millones. Y seguimos persiguiendo la dinámica racional de la brecha de los misiles. No existe tal brecha. Vivimos en una Manhattan de misiles. En realidad, no hay espacio. Estamos hacinados.

Entretanto continúa el debate. ¿Y de qué clase de debate se trata? ¿Cuál es el tono? Si miramos la controversia sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica encontraremos, por ejemplo, que el tono de Ronald Reagan es el siguiente:

«(La IDE) no tiene que ver con el miedo, tiene que ver con la esperanza, y en esa lucha, si me perdonáis que robe palabras de un filme, la Fuerza está con nosotros». No, no le perdonamos que robe palabras a un filme. Y la Fuerza no está con nosotros. De todos modos, en tales términos (que aspiran a una frivolidad infinita), el presidente Reagan propugnó «un esfuerzo que ofrece la promesa de cambiar el curso de la historia humana», aunque también, concedió, implica algunos pocos «riesgos». Desafortunadamente, el riesgo es el de terminar con el curso de la historia humana. «Si fracasamos, Dios no nos perdonará», le dijo Brezhnev a Carter en la cumbre pre-Afganistán. A Carter la frase le gustó y se valió de ella con una rectificación política: «Si fracasamos —dijo— la historia no nos perdonará». La verdad es que Brezhnev fue más preciso. En la eventualidad de un «fracaso», Dios estará en condiciones de juzgar, pero la historia no.

Recientemente aterrizaron en mi escritorio tres libros sobre la IDE —tres improvisaciones sobre el final del tiempo—, dos a favor y uno en contra. *How to Make Nuclear Weapons Obsolete* es de Robert Jastrow, el hombre que al día siguiente del desastre del trasbordador espacial saltó a las letras de molde con el comentario: «Es casi inverosímil». En primer lugar Jastrow aclara cuánto espera que, de ser posible, la tercera guerra mundial consiga evitarse, cuánto lamentaría y deploraría una eventualidad tal (el tono es de apresurada cortesía moral, como si se tratara de una cuestión de etiqueta y apariencias); luego se dirige al asunto central del libro, una agitada relación de «La Batalla». Aquí, en medio de la tecnófila *space opera*, alcanzamos a vislumbrar al Presidente «ordenando» esto y «decidiendo» aquello con absoluta serenidad, al tiempo que erige su experimental «escudo de paz» mientras arriba, en los cielos, se cierne la carnicería hemisférica. Lo cierto es que el Presidente, si no ha sido vaporizado por obra de una maleta-bomba puesta en la embajada soviética, estará comprensi-

blemente inmerso en su propio ataque de nervios, lo mismo que todos los demás actores de esta fantasía psicótica. Para Jastrow lo impensable es pensable. Se equivoca, y sostengo que además a este respecto es infrahumano, como todos los combatientes de la guerra nuclear, como todos los «eficaces». Lo impensable es impensable; lo impensable no es pensable, no por los seres humanos, porque en la eventualidad que postula, todos los contextos humanos habrán desaparecido. Ni la IDE ni sus actores pueden someterse nunca a prueba. Cómo responderían llegado el caso, es algo que cualquiera puede imaginar. Pero ya no serían seres humanos. En cierto sentido no lo sería nadie. Ese estatus no existe al otro lado del cortafuego.

Solly Zuckerman ha sugerido que, tibia y avergonzada como es, la complacencia de los aliados con la IDE no hubiera podido sobrevivir a una lectura de Jastrow. Es probable que no se pueda decir lo mismo de Alun Chalfont, cuyo *Star Wars: Suicide or Survival?* da la bienvenida a la IDE con el timbre de barítono del realismo áspero. Ciertamente, la Iniciativa entrañará un «alto riesgo»; cierto, la Iniciativa «reclama una aproximación totalmente nueva a las doctrinas que sostienen a las políticas de control de armamentos»; cierto, la Iniciativa costará un billón de dólares. Pero vale la pena. Altamente arriesgada, enteramente revolucionaria, increíblemente cara, pero vale la pena... debido a la Brecha. Los soviéticos lo harán pronto, o han empezado a hacerlo, o, como parece sugerirse a veces, ya lo han hecho. Así pues, será mejor que nosotros también lo hagamos... Es interesante el hecho de que a Lord Chalfont no le inquiete la existencia de armas nucleares, una existencia que, según sus propias palabras, no puede «derogarse^[1]». Lo que le inquieta es la existencia de quienes se oponen a ellas. He aquí algo de lo que sí podemos librarnos. En cualquier caso, la urbanidad se ausenta de su prosa cada vez que aparece el molesto tema de la paz (o «la» paz). «De inmediato

comienza el previsible alboroto de la industria de la paz..., una coalición de idealistas confundidos con una pizca de idiotas inútiles y agentes soviéticos (conscientes o inconscientes)». Molesto por las referencias a la «industria» de la guerra, no le importa acordar *status* industrial al movimiento pacifista. ¿Por qué? ¿Dónde están los municipios fabriles de la paz? ¿Dónde están los presupuestos de un billón de dólares? A cierta altura Chalfont discute los planes americanos:

para el despliegue de cabezas de guerra de radiación aumentada en Europa... En seguida se levanta un clamor contra la «bomba de neutrones», descrita por los débiles mentales como un arma capitalista, diseñada para matar a la gente preservando la propiedad.

La expresión «arma capitalista» que emplea Chalfont no es feliz, y uno está de acuerdo. Pero ¿cuán feliz es la expresión «cabezas de guerra de radiación aumentada»? ¿Cuán feliz es «aumentada»?

Lamentablemente, E. P. Thompson no está más cerca de encontrar la voz de la persuasión apropiada y fiable. Ha hecho grandes sacrificios por la causa que lidera; es brillante, es carismático, es inspirador; pero no es fiable. En *Star Wars*, al igual que en otros escritos, el profesor Thompson se muestra digno exponente del Alto Estilo nuclear. Es ingenioso y espléndido, y escribe con la mejor clase de odio controlado. Qué devastador es, por ejemplo, cuando habla del esfuerzo de relaciones públicas de la IDE. Desde la literatura confesional:

se podrían abrir innumerables oportunidades para el activismo por una causa evidente... también despertar el interés de los católicos... Tal esfuerzo de ratificación permitiría a la Casa Blanca transmitir bondad en la confrontación con los poderosos críticos domésticos del despliegue de misiles balísticos... pronunciarse sobre temas «euroestra-

tégicos», que hoy en día son jugosos... jugar libremente en asuntos de ética de carretera (con mucho la mejor aproximación movilizadora)...

Thompson es devastador con la IDE; su alegato es casi completo. Pero no devastará a nadie —puede, más bien, llegar aun a subvertir a los convertidos— porque no tiene respeto alguno por el tono.

Su tono es blando, impaciente, a menudo desesperadamente inseguro y excitadamente alarmista; se complace en la estupidez. Su antiamericanismo («los Estados Unidos son intrínsecamente morales», «Presidente del Planeta Tierra», «Rojos, id saliendo con las manos en alto») es tan anticuado y agotador, y tan merecedor de réplicas de repertorio, como los contraprejuicios de Lord Chalfont. Chalfont es subhumano. Thompson es nada más que humano, demasiado humano. También hace chistes. Éste le gusta tanto que lo cuenta dos veces:

Acaso la ventana [de la vulnerabilidad] esté ya tan abierta, advirtió el presidente electo, que «los rusos podrían conquistarnos con una llamada telefónica». «¡Hola! ¿Es usted, Mr. Reagan? Aquí el tovarich Brezhnev. ¡Salga ahora mismo con las manos en alto o le arrojé esta bomba por la ventana!»

Uno retrocede ante estas cosas, se reclina en el asiento y se frota los ojos, preguntándose cuánto daño habrán hecho. Pues en el debate nuclear, como en ningún otro debate, el castigo por semejantes lapsus es incalculable. Los seres humanos son unánimes con respecto a las armas atómicas; las instituciones humanas no. Nuestras esperanzas residen en una simbiosis gradual. Debemos encontrar el lenguaje de la unanimidad.

Discuto con mi padre sobre las armas nucleares. En este debate todos discutimos con nuestros padres. Ellos emplazaron o mantuvieron el actual statu quo. Se equivocaron groseramente. No atinaron a ver la naturaleza de lo que tenían entre manos —la naturaleza de las armas— y ahora están atrapados en la nueva realidad, atrapados en el gran error. Tal vez no habrá esperanzas hasta que ellos se hayan ido. Ciertos extremistas creen que deberíamos empezar a matar a algunos de nuestros padres antes de que ellos nos maten a nosotros. Esto me recuerda el noble silogismo, citado por Schell, de la Disuasión Fracasada: «Él, pensando que yo estaba por matarlo en defensa propia, estaba por matarme en defensa propia. De modo que lo maté en defensa propia». Sí; y después él, desde la tumba, me mató en represalia. La realidad que hemos heredado es infinitamente humillante. Debemos tratar de hacer las cosas un poco mejor.

Mi padre considera que las armas nucleares son un supuesto irrevocable. Siempre serán necesarias porque los soviéticos siempre las tendrán, y los soviéticos siempre querrán esclavizar a Occidente. Los tratados armamentísticos no sirven, ya que los soviéticos siempre harán trampa. El desarme unilateral equivale a la rendición. Y, por lo demás, en este caso no se trata de «hacerse rojo o morir». El propio mundo comunista está provisto de armas atómicas y profundamente dividido: de modo que se trata de «hacerse rojo y morir».

Bien, a mí me parece que morir es la promesa que, en cualquier caso, encierra esta receta. Las armas nucleares, me recuerda mi padre, han impedido la guerra durante cuarenta años. Yo le recuerdo que la paz de todo un siglo posterior a la derrota de Napoleón en 1815 no estuvo presidida por ninguna matanza general. Y el problema de la Disuasión es que no puede durar el lapso necesario, el cual se extiende, más o menos entre el momento presente y la

muerte del sol. La Disuasión ya se está derrumbando, y desde dentro. Cuando digo que tan amenazados estamos por América como por la Unión Soviética, mi padre me coloca en la categoría de los que se toman la democracia y la libertad a la ligera. Parecerá una ironía, pero una autocracia se encuentra mucho mejor equipada para habérselas con la cuestión, porque la cuestión es superpolítica. Los soviéticos no tienen con quién tratar; enfrente ven líderes deteriorados, acosados por la democracia, por la política, que cumplen plazos de trabajo de seis meses entre las elecciones parciales, períodos de fin de mandato y los referendos informales de la vida pública americana. Y está el dinero. Es como si la Unión Soviética no pudiera permitirse seguir adelante y los Estados Unidos no pudiesen permitirse parar. Saul Bellow ha escrito que ciertos males —pone como ejemplos la guerra y el dinero— son capaces de sobrevivir a su identificación como males. Continúan alegremente la marcha como males, como males conocidos. ¿Podrían haber aspirado las armas nucleares a un logro mayor que el de sumarse a dichas continuidades, en un proceso de decadencia terminal? Así, el mundo acaba tal como acaba *The Pardoner's Tale*, con la desaparición de todos los actores humanos, que dejan tras ellos (si bien nadie podrá encontrarlos) las armas usadas y el dinero no gastado.

Cualquiera que haya leído las obras de mi padre tendrá cierta idea de cómo es discutir con él. Cuando le conté que estaba escribiendo acerca del armamento nuclear, dijo en tono melódico: «Ah. Supongo que estás en contra, ¿no?». La regla que sigue es *épater les bienpensants*. Recuerdo que una vez, cuando un amigo mío le informó que se estaba convirtiendo sistemáticamente en jabón a una especie de ballenas en peligro de extinción, repuso: «Parece una muy buena manera de usar las ballenas». (Lo cierto, creo, es que las ballenas le gustan, pero eso no importa aquí). Con él, soy con toda seguridad, más brusco en el tema de las armas nucleares que en cualquier otro, más brusco de lo